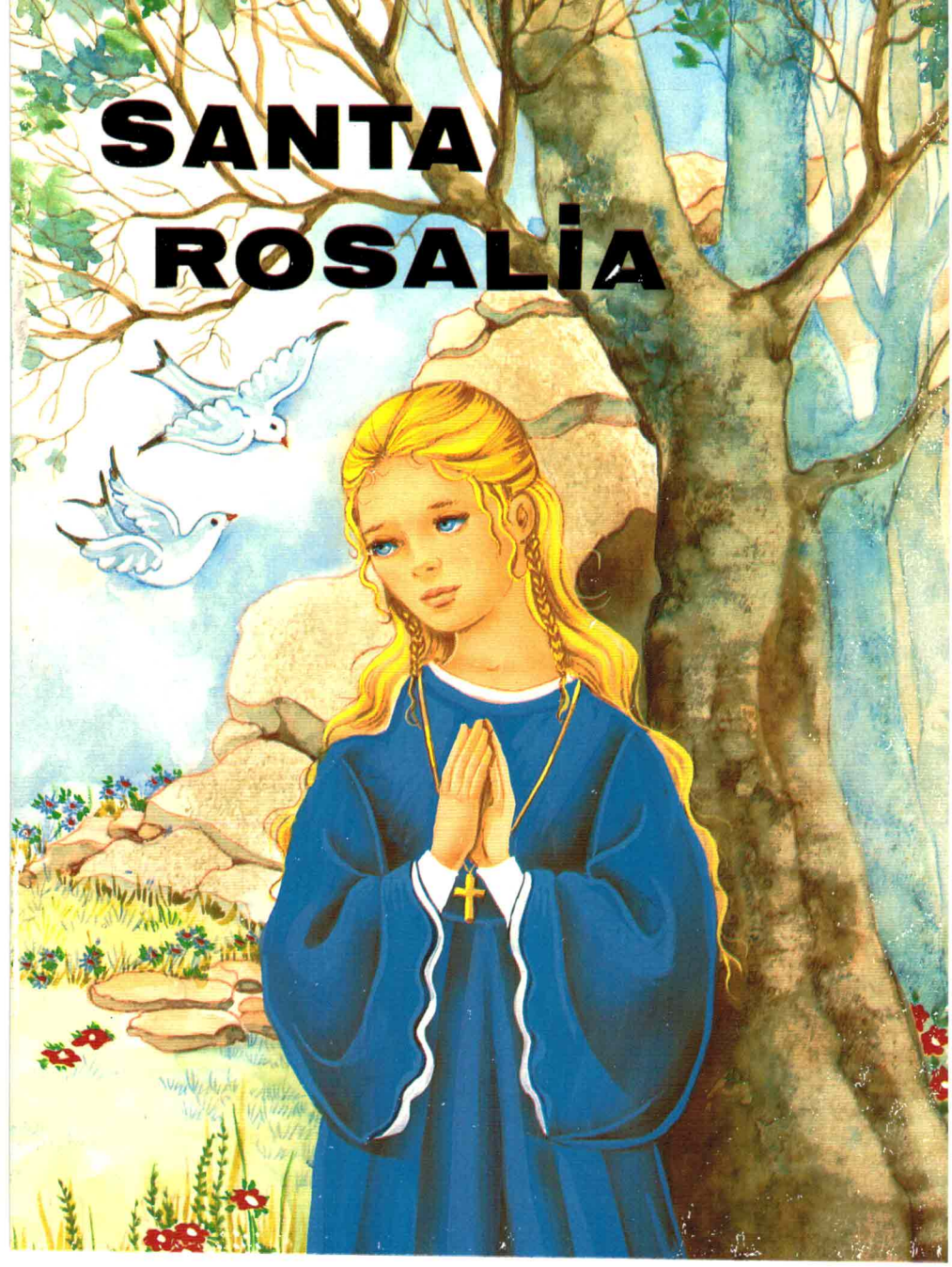


SANTA ROSALIA



SANTA ROSALIA

Patrona de Palermo

Rafael M.^a López-Melús, carmelita

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003-SEVILLA



Una niña angelical

En el palacio de Roger II, Rey de Sicilia, vivía, el año 1130, Sinibaldo, conde de los Marsos, descendiente de Carlomagno, a quien el mismo Rey había llamado a su corte y a quien dio por esposa a una de sus más próximas parientes.

De este feliz matrimonio nació Rosalía, cuyo nombre formado de rosa y lirio, dos flores que simbolizan la hermosura y la sencillez de esta niña, que llegaría a ser la santa Patrona de Palermo (Italia).

Esta niña vivió y creció en la corte, por tanto entre grandezas y esplendores terrenos, pero éstos no cautivaron su corazón, sino que fueron para ella objeto de desprecio.

A medida que pasaba el tiempo, Rosalía resplandecía más con todos los encantos de su belleza, por lo que el mundo, la corte y sus familiares presagiaban para ella el más brillante porvenir.

Todos ignoraban que aquella flor tan fresca, tan llena de candor e inocencia, tan humilde y pura, cuya alma semejante a un ramillete de suave olor, embelesaba a cuantos la trataban, la tenía Dios reservada para sí, y que cortaría en edad temprana para que luciera en el Palacio de la Gloria.

Jesús la regaba con la lluvia copiosa de sus gracias y desde pequeña fue muy fiel en cumplir los mandamientos de Dios, porque su santo amor se había apoderado de su corazón.

Por la gracia de la fe, recibida en el Sacramento del Bautismo, Dios moraba en su alma como en su Templo.

Toda alma en gracia es Templo del Espíritu Santo.



La visita de la Santísima Virgen

Cuando Jesús agoniza en la Cruz, en el Monte Calvario, nos deja como riquísima herencia a su Madre, para que sea también nuestra, Madre de todos los hombres.

Rosalía amaba tiernamente a su Madre del Cielo, la Santísima Virgen María, Madre de Dios, que velaba por ella, para que aquellos pétalos purísimos que recreaban a los ángeles y al mismo Rey de los Angeles, no perdiesen sus encantos, mustiéndose al contacto de la corrupción del mundo.

Tenía 14 años y vivía bajo la mirada de su Reina y Señora, a la que profesaba una tierna y filial devoción.

Diariamente la invocaba y cada mañana al levantarse, le ofrecía todas sus acciones, que hacía en unión con Ella, y bajo la protección de su Angel Custodio, al que el Señor le había confiado todos sus pasos, para que no errara en el camino de la vida.

Temía esta angelical niña perder la pureza de su alma en el ambiente libre de la corte, conocedora de que los enemigos del hombre, mundo, demonio y carne, atacan sin cesar con miles de tentaciones para perderle.

Sabía también que el fin para que hemos sido creados los hombres es servir a Dios, alabarle y amarle en la tierra, para después gozarle eternamente en el Cielo, y su oración subía suplicante a María... para que la librara de ofender a su Salvador con el pecado.

Estaba una noche en oración, cuando de pronto vio a la Stma. Virgen que le decía debía dejar la casa de sus padres e irse a un lugar seguro, lejos del mundo, para poder conservar la gracia de su Bautismo, dar mucha gloria a Dios y mejor santificarse.

Rosalía acepta el mandato de su Madre del Cielo y llena de confianza en su amor maternal, obedece ciegamente.



Mensajeros Celestiales

Fortalecida e iluminada con la celestial visita, Rosalía se decide a huir de la corte y piensa en buscar una soledad donde esconderse, lejos de tantos peligros.

Valientemente da de mano a todo, para poner en ejecución sus proyectos; dócil a la gracia, triunfa de sus sentimientos naturales, pues le cuesta abandonar su hogar y a sus queridísimos padres, pero es fiel a la divina llamada.

Al abrir la puerta del Palacio, cuál no sería su admiración y alegría al ver en ella los mensajeros de la Reina del Cielo, dispuestos a conducirla lejos de la ciudad.

Son dos ángeles, en figura uno de arrogante caballero, con reluciente espada al cinto, y el otro como un humilde peregrino con báculo, concha y calabaza.

Al salir, el primero le precede, guiándola en el camino, al que sigue segura, y el segundo camina tras de ella, y acompañada por estos dos majestuosos guardianes, en aquella misteriosa huida, camina entre las sombras de la noche, protegida por ellos.

Así guardada por los celestiales guías, atraviesa Rosalía las silenciosas calles de Palermo, sin ser vista de nadie y sin otro equipaje que el Crucifijo, el único amado de su alma, por quien hace el sacrificio de dejar atrás todo lo más querido. Lleva además algunos libros, con cuya lectura nutre a diario su alma, y sus instrumentos de penitencia.

El Ángel que va delante se encamina hacia la altura de la sierra de Quisquina, cuyo dueño parece, era su padre, que dista unas 13 leguas de la ciudad de Palermo y al fin llegan a la entrada de una gruta ignorada y escondida bajo las nieves casi perennes de la montaña.



En la soledad de la gruta

La oscura caverna que Rosalía ha escogido por morada a cambio del palacio del Rey donde vivía, es más propia para guarida de animales que para alojamiento de personas.

Dice el Santo Evangelio: «No se puede servir a dos señores».

El servicio a Dios y al mundo son incompatibles; hay que optar por uno u otro.

Rosalía, delicada joven, ha preferido dejar del todo el mundo, para entregarse de lleno al servicio de Dios, pues muy bien sabe que SERVIR A DIOS ES REINAR.

Quiere ser esclava de amor, del único Señor, que no esclaviza, y comienza a llevar una vida más angélica que humana, dedicada a cantar las divinas alabanzas, a reparar con su oración y penitencia los pecados del mundo y a cooperar con Cristo, Redentor del mundo en la salvación de las almas de todos los hombres, a los que considera como hermanos.

También Rosalía emplea parte de su tiempo en coser sus vestidos, en buscar las raíces y bellotas, que constituyen su frugal alimento.

Labró una concavidad para recoger el agua que se filtraba por las paredes de la gruta, un altarcito para su Crucifijo y un trozo de mármol, que le servía de cama, así como un asiento tallado en la roca, y como única distracción una inscripción grabada en una piedra que se lee aún día, después de ocho siglos, y que dice así: YO, ROSALIA, HIJA DE SINIBALDO, SEÑOR DE QUISQUINA Y DE ROSA, POR AMOR DE MI SEÑOR JESUCRISTO, HE RESUELTO HABITAR ESTA CAVERNA.

Esta gruta es muy visitada de los peregrinos, donde se ve y venera todo lo que hemos dicho.



Búsqueda de Rosalía

Mientras Rosalía, sumamente feliz, vivía en familiar comunicación con Dios y los ángeles, semejante a los Bienaventurados del Cielo, que no tienen otra ocupación, sus padres y parientes afligidísimos la buscan sin cesar por toda Sicilia, sin encontrar el menor rastro de sus huellas.

En la corte se respira una gran tristeza y el sólo nombre de Rosalía hace brillar las lágrimas en los ojos.

Sinibaldo, su padre, no ha perdido del todo la esperanza de hallarla, y manda pregonar por toda la ciudad, que daría grandes recompensas a quien diera alguna pista, descubriese su retiro, o diera alguna señal de su paradero.

Entre tanto la delicada virgen seguía en su soledad llena de gozo, el que produce la conciencia tranquila, libre de pecado, y la amistad con Dios.

Un solo pensamiento le turbaba: era la preocupación de que pudieran arrebatarse su soledad, si la encontraban.

En la corte no careció nunca de nada, pero la paz brillaba por su ausencia, y era una desgraciada; ahora que está privada de todo, sobreabunda de alegría, que crece de día en día, porque su corazón está saciado con el amor de Dios.

Como una paloma que ha hecho su nido, en el hueco de una peña, así vive llena de celestiales consuelos.

Los ángeles, sus compañeros y confidentes, le avisan que de seguir en aquel lugar, pronto sería conocido refugio, y que había que buscar otro más seguro.

El corazón humano creado para amar a Dios sólo es feliz cuando El lo llena; los demás amores son pasajeros y no sacian la sed de amar.



Rosalía, amada de Dios

De nuevo los espíritus celestiales guían a su protegida por oculta senda, hacia el Monte Pellegrino, cuyas alturas escalan y en cuya cima casi inaccesible hallan una gruta incómoda, de pequeñísima abertura, de techo bajísimo, oscura, con el suelo lleno de lodo, donde apenas hay lugar para descansar.

Entra en esta caverna con dificultad y aquí comienza a vivir como en Quisquina, alimentándose de raíces y bellotas y dedicada a la oración, a la contemplación de los Misterios de Dios y a cantar sus divinas alabanzas.

Rosalía es ahora más afortunada, pues su pureza angelical atrajo la complacencia de Dios, que no resistiendo sus ardientes deseos de recibirle sacramentalmente, le enviaba frecuentemente la Santa Eucaristía por manos de los santos ángeles, que la Stma. Virgen, Reina de los Angeles, le había dado como guardianes.

Seguían las pesquisas por orden del Rey, y los cortesanos registraron minuciosamente todos los alrededores de la ciudad sin ser hallada.

La inscripción encontrada años más tarde en la caverna de Quisquina dio tan sólo una pista: que Rosalía había vivido allí mucho tiempo por amor a Jesús y para mejor servirle, como al único Esposo de su alma, ya que no quiso entregar su corazón a ninguna criatura.

Envidioso el demonio de la dicha de Rosalía, y de la gloria que le esperaba como recompensa de su vida, no dejaba de tentarla para hacerle desistir de aquella santa y austera ocupación, pero el recurso confiado a Dios por la oración le obtuvo la victoria.

La oración devota, confiada y perseverante es la gran fuerza del hombre y la debilidad de Dios.



Así mueren los santos

Durante 16 años habitó Rosalía en la cueva del Monte Pellegrino, sin ser hallada y sus anhelos de volar al Cielo eran indecibles.

El Señor, vencido por sus deseos, le manifestó que ya quería trasladarla a la mansión de los elegidos, para que gozara de El, viéndole cara a cara.

Entonces se acostó dentro de la gruta, que debía ser su sepulcro, descansó su cabeza sobre la mano derecha, apretó con la izquierda el crucifijo contra su corazón, y en esa postura se durmió en el Señor, para despertar en la Gloria día 4 de septiembre de 1160.

Tenía sobre el pecho la crucecita de plata, que siempre había colgado de su cuello.

Su muerte no fue de enfermedad, sino de amor a su esposo Jesucristo y del deseo que tenía de verle y de poseerle para siempre.

Cuando muere una persona su cuerpo se desmorona, pero el alma que es el que le vivifica, como es espiritual e inmortal, no muere, vuela a Dios para darle cuenta de sus obras y recibir el premio o el castigo.

Pero el cuerpo tiene también un destino de inmortalidad, al fin del mundo, todos los cuerpos se levantarán e irán a unirse a su alma para recibir juntos el goce eterno en el Cielo o la pena eterna del infierno. Este es el dogma de la RESURRECCION DE LA CARNE.

Los cuerpos depositados en las tumbas de los cementerios, esperan el día del Juicio Universal.

Al cuerpo de Rosalía, que tan santamente había vivido, le reservaba el Señor un maravilloso sepulcro, que no habría tenido ni en la corte de sus padres.

El agua que se filtraba de las rocas lo envolvió con una cubierta calcárea, formándose una tumba de alabastro, que nadie podía figurarse el precioso tesoro que contenía.



Se descubre la tumba

No tardó en conocerse la santidad de la virgen solitaria de Palermo, por medio de apariciones y sobre todo por los milagros.

Se seguían visitando y venerando las dos grutas en que había vivido Rosalía y su culto se extendía no sólo por Sicilia, sino por toda Italia y hasta por Europa y su nombre se hizo muy popular.

Por tradición sabían los habitantes de Palermo que en aquellos montes vecinos se ocultaba tan preciosos restos, pero la Divina Providencia no quiso descubrir pronto el secreto.

El tesoro que guardaba el bloque de alabastro quedó enterrado entre los escombros, en una de las muchas exploraciones de la gruta y el cuerpo quedó ignorado y totalmente escondido.

Por la ciudad de Sicilia se esparció la creencia de que Dios reservaba el hallazgo para beneficiar a la ciudad de Palermo, el día que se viese en necesidad.

Su cadáver estuvo oculto durante 460 años.

En 1620 llegó de Africa un navío infestado por la peste, la que se extendió por toda Sicilia, viéndose la ciudad de Palermo atacada espantosamente.

Una mujer enferma en el hospital de Palermo, a punto de expirar vio junto a su cama una hermosísima joven, que le dijo: «No temas, curarás si haces voto de ir al Monte Pellegrino a visitar mi tumba». Allí está oculto mi cuerpo.

Esta mujer comunicó todo a los ermitaños de allí y volvieron a explorar la gruta y al cabo de dos meses descubrieron por fin una piedra de alabastro de seis palmos y de ancha dos palmos, que al removerla se hendió por la mitad y dejó al descubierto, con gran sorpresa de todos, huesos de un esqueleto humano con gran perfume.



Reconocimiento de las reliquias

La noticia del hallazgo del cuerpo de Rosalía llegó al instante a Palermo y todo el pueblo, lleno de confianza, decía: Por intersección de Santa Rosalía nos salvará el Señor.

La plaga de la peste no cesó. Llegó el 4 de septiembre, fiesta de la Santa y pusieron la ciudad bajo la protección de la Virgen Inmaculada y de Santa Rosalía e inmediatamente empezó a decrecer el mal, que no desapareció hasta que fue reconocido solemnemente la autenticidad de los preciosos restos.

Un apestado pidió que le asistiera en su última hora un sacerdote y después de la confesión, el moribundo le habló así: «No hace mucho, he tenido el dolor de perder a mi esposa y para distraerme de la profunda pena, me entregué a la caza, y con ese fin me dirigí al Monte Pellegrino, donde vi ante mí una joven con hábito de eremita, que me condujo trepando por el monte a la gruta, y me dijo:

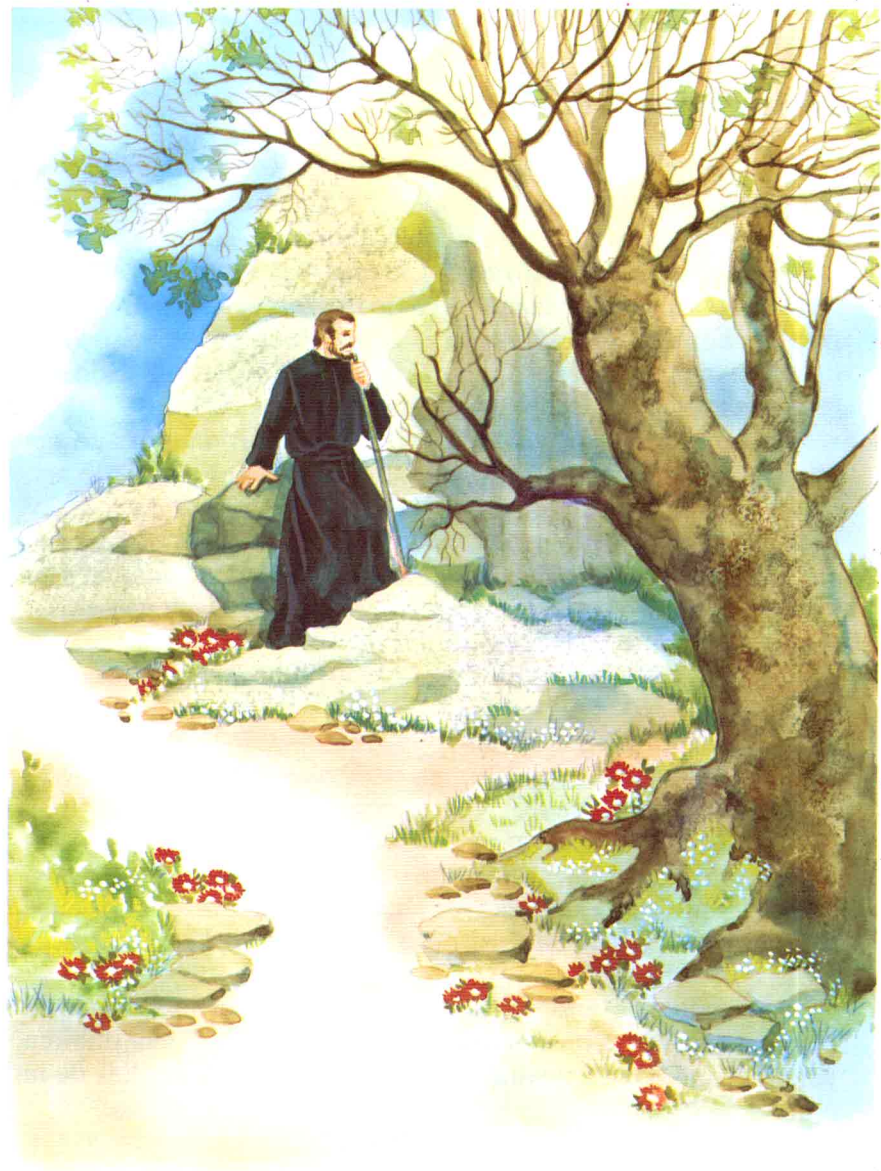
—Este es el lugar donde descansa mi cuerpo. ¿No me conoces? Soy Rosalía

Me arrojé a sus plantas y le dije: —¡Oh Santa Rosalía! ¿Cómo dejáis perecer a millares vuestro desgraciado país?

A lo que me contestó:

—Si lleváis mi cuerpo en procesión por la ciudad, la plaga cesará. En cuanto a ti, confiésate y comulga, pues como prueba de que lo que digo es verdad, enfermarás de la peste y a los cuatro días morirás y tu confesor quedará encargado de manifestar lo que te he dicho.»

El Cardenal Doria recibió esta noticia con el más vivo interés y después de exponer las reliquias de la Santa a la pública veneración, mandó llevarlas en procesión por las calles de la ciudad de Palermo y rápidamente desapareció la peste.



Culto y milagros

Los santos son los amigos de Dios y nos sirven de intercesores ante El.

El culto de los santos se llama dulía.

El de la Stma. Virgen, que está por encima de todos los santos, se llama hiperdulía.

Todas las gracias que salen del Cielo a la tierra nos vienen por María, que es la Medianera Universal de todas las gracias, pero los santos nos alcanzan también muchos favores y gracias, y por ellos es Dios glorificado.

La ciudad de Palermo no sabía cómo agradecer a Santa Rosalía su valimiento.

Le ofrecieron un relicario de plata para guardar sus reliquias; le construyeron una magnífica iglesia e hicieron de sus dos grutas lugares de peregrinación.

Su culto traspasó las fronteras de Sicilia y llegó a los últimos confines de Europa.

Los reyes pedían sus reliquias cuando había alguna calamidad en sus reinos y el rey de España, Felipe IV, que lo era también de Sicilia, recibió de su pueblo siciliano algunos huesos de la Santa.

En 1653, un novicio de la Compañía de Jesús, enfermo del corazón y a punto de expirar, recibió la visita de Santa Rosalía que le dijo: «Francisco, estabas a punto de morir y te he obtenido la curación, pero has de hacer voto de ir a pie a mi gruta y allí comulgarás».

El novicio le besó los pies y la visión desapareció. Entonces todos le vieron levantarse gritando «¡Estoy curado!» y contó lo que acababa de ver y oír.

Tres días después, conforme a la orden recibida, subió a pie a la gruta de su bienhechora, a pesar de los calores del mes de agosto.

Este milagro tuvo gran resonancia en Italia. Se acuñaron medallas para perpetuar su recuerdo y fomentó el amor a la Santa.



Curación del virrey de las Indias, Don Juan de Nuño

El virrey de las Indias viajaba en un buque el año 1666 y el Padre jesuita Francisco de Castilla, curado milagrosamente por Santa Rosalía, se embarcó en Lisboa, pues el virrey tenía interés en llevarlo en su compañía, por el mucho afecto que le profesaba.

Después de una difícil travesía, en que soportaron una peligrosa tempestad, sobrevino la peste, y uno de los atacados fue el virrey.

El P. Castilla, viendo la gravedad del virrey, le administró el santo viático y lo preparó para bien morir, pero a la vez le aconsejó que hiciese con confianza un voto a Sta. Rosalía si recobraba la salud.

Juan Nuño prometió a la santa construir una iglesia en Goa y fundar en ella una Misa perpetua si sanaba. Apenas hizo el voto, curó. Y el Padre Castilla que ofreció su vida al Señor por la de su amigo, atacado de la peste murió cuatro días después.

En cuanto Juan Nuño llegó a Goa, levantó una magnífica iglesia en agradecimiento por su curación, que dedicó a Sta. Rosalía y quedó inscrita su fiesta en el Martirologio Romano el día 4 de septiembre y la invención de sus reliquias el 15 de julio.

En Palermo la fiesta de la invención de las reliquias se celebra con un entusiasmo desbordante, por la iluminación espléndida y los festejos que duran 5 días. Acondicionan un carro gigantesco tirado por mulas en el que van los músicos y cuya elevada cúspide alcanza a los tejados de los más altos edificios.

Cada día se conducen procesionalmente las reliquias de la Santa entre aclamaciones, vítores, cañonazos y cohetes, que forman concierto con la alegría popular.

La fiesta de Santa Rosalía es de precepto para la ciudad de Palermo.

Santa Rosalía, modelo de almas contemplativas

Esta santa anacoreta, patrona de la ciudad de Palermo, es un modelo para todas las almas contemplativas, sobre todo para las jóvenes que se retiran del mundo, para vivir sólo para Dios, consagradas a la oración y a cantar las divinas alabanzas, dentro de sus retiros, que son los conventos de clausura, que están esparcidos por toda la geografía.

Leemos en el Santo Evangelio que Jesús fue a Betania a casa de su amigo Lázaro, donde sus hermanas Marta y María se hospedaban con frecuencia, y le servían muy bien, pues lo amaban mucho.

Una vez, Marta se quejó al Señor diciéndole que su hermana María la dejaba sola en el trabajo y servicio de la casa, pues se afanaba en que todo estuviera muy bien arreglado para el amado Maestro.

Y es que María se quedaba sentada a los pies de Jesús, escuchando atentamente sus divinas Palabras.

Pero el Señor no reprendió a María, como seguramente esperaba Marta, sino que dirigiéndose a ésta le dice: «¡Marta, Marta! Tú te afanas por muchas cosas, cuando una sola es necesaria... *María ha escogido la mejor parte...* que no le será arrebatada.»

Esta mejor parte es la que escogen las almas que se alejan del mundo y en sus Monasterios, como Rosalía dentro de su gruta, viven entregadas al amor de Jesús, al que han elegido como único Esposo.

Y esta contemplación no le será arrebatada, no se destruye con la muerte, se consume y perfecciona con la eternidad, pues el amor es la ocupación continua y dulcísima de los Bienaventurados en el Cielo.

Muchas son las jóvenes a las que Jesús llama a ser sus esposas y es importante que conozcan la vida religiosa antes de decidirse a recibir el sacramento del matrimonio.